



Esta versión digital de una selección de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org



LETRAS MADRILEÑAS CONTEMPORÁNEAS

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA - LA NARDO

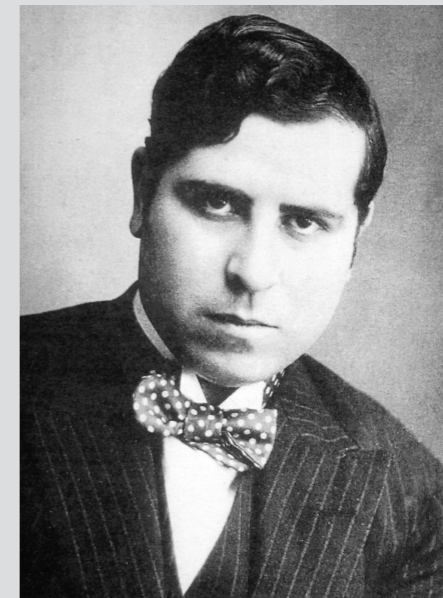
LMC

22

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

LA NARDO

PRÓLOGO DE ANDRÉS NEUMAN



VISOR LIBROS

I

Tenía un puesto de porcelanas, muebles, cacharros y ropas en la Ribera de Curtidores.

Aquel puesto era de su padre, pero cuando murió, al casarse su madre con el carpintero Atanasio, se quedó ella al frente de sus cachivaches mientras su madre cuidaba el nuevo hogar.

Su belleza había crecido como abonada por todo aquel conjunto de cosas, adunadas en el hondón de la Ribera.

Había en su gesto de hembra siempre en pie, un aire desafiador y desfavorido, algo que sobrepujaba la timidez de los usuales rostros de mujer.

Sus ojos eran color nicotina, como si contuviesen la nicotina de todos los abuelos, pero nicotina venenosa y ácida convertida en pasional mirada de mujer.

Su blancura especial era lo que le había conseguido el sobrenombre de la Nardo, con que la llamaban sus convecinas postergando su nombre de Aurelia, un poco antipático y como indebido para su belleza blanca, morena y verdadera.

Era una blancura mate, sana y olorosa la suya, verdadera blancura de nardo, bordeada de esos ladillos oscuros y sonrosados que dan al nardo un nimbo carnal y que en ella eran como corteza quemada que daba la más sabrosa blancura a la franqueza de su rostro, al centro de su escote, al antebrazo de sus brazos.

Guardiana del puesto, veía llegar a todos, sin arredrarle ningún tipo, sin quitar los ojos de las malas miradas, aceptándolo todo como no queriendo engañarse con nada.

Los curiosos la repasaban como a los objetos que la rodeaban y se veía que pensaban mirándola: «Esa chuchería sí que me la llevaba yo».

Siempre estaba leyendo novelones, impresos en letra muy grande, en papel de periódico, y que repartidos en pedazos, tomaban tipo de desgarrones de asignatura, pliegos arrancados al texto de la Vida.

Su destino podía ser cualquiera, pues era belleza que en la repugnancia de estarlo vendiendo todo no se quería vender. Tenía la entere-

za de levantarse en aquella ribera de heroicidad, donde todo se menosprecia y se recoge.

Había que ser valiente para saberse parar frente a aquella mujer. Tener el atrevimiento de citarla en alguna parte. Excitar una de aquellas armas que vendía y que, según los chamarileros, siempre están envenenadas por los indígenas.

Se la veía dispuesta a la alegría de parlamentar con el hombre y sin temer a la lucha encarnizada del amor.

Desde por la mañana se estaba defendiendo de las garras que tiene el hombre para la mujer seductora.

Todas las manos tenían que buscarla, queriendo atraparla. «¡Tío chino!», gritaba ella, a cada paso, dedicando a los barrigones y los camándulas un «¡Tío preñado!», que tenía gran éxito en la comadrería.

Un purgatorio de manos de deseo salía de todos lados buscando su belleza.

Había adquirido allí en el Rastro una cosa de no dar valor a nada, que era lo que le daba aquel encanto sibilesco y desdeñoso que había cazado hasta a aquel viudo de ojos de loco, que no podía ya con su desvergüenza.

Ofrecía durezas de magnolia aun arropada por el apretado corsé de todas sus blusas, difíciles de entreabrir después de haber sido siempre tan honestas.

«Está loca», decían los compadres de los otros puestos, comentando las ideas libres que exponía desde su honestidad, pero se les veía satisfechos de su vecindad en el puesto, viéndola despertar miradas, que buscaban el rincón oscuro en que ella se colocaba a leer y observar.

Había tardes en que parecía una muñeca de cera espantada de ver el mundo, y hasta los que iban más distraídos paraban mientes en aquel rostro como si hubiese en él crema de luz de acetileno.

Tenía el arrojito que había que tener en aquella manigua libre.

Esta tarde no lee el novelón, sino el periódico, pues vienen nuevas referencias del posible encuentro de Asor con la Tierra.

Los astrónomos se habían puesto de acuerdo con los gitanos para predecir que una noche del mes de agosto, la Tierra, como balón de fútbol, iba a recibir un puntapié de un cometa llamado Asor, porque había sido descubierto por el astrónomo así llamado, y que se paseaba por los malecones de la astronomía cuando al cometa le dio por asomarse, entreabriendo la cortina azul.

Era el dieciocho de agosto el día señalado para la catástrofe y todo el mundo quitaba las hojas del almanaque con menos indiferencia que nunca, como si fuesen declarando sus últimas voluntades a cada nueva hoja arrancada.

El almanaque contraauguraba, con su buena panza de hojas intactas, que no había que apurarse porque a todas las fechas posteriores al dieciocho de agosto les llegaría su día normal en que las personas humanas las leerían hasta llegar a levantar la hoja del treinta y uno de diciembre con la grave mano que se levanta ese día que es nada menos que el aldabón del año siguiente.

Quizás por la proximidad del choque entre el cometa Asor y la Tierra, toda la chiquillería estaba sobreexcitada aquella tarde calurosa de julio.

En aquellos niños y niñas, casi en cueros, los omoplatos herían el aire con puntiagudez ofensiva, haciendo el gesto que suelen hacer los omoplatos que los descoyuntados de circo sonsacan con dificultad.

Una de aquellas tías se burló de lo que enseñaba una chica.

—¡Como tiene tan buena escultura, espera que la vea algún pintor!

—¡Va a haber que darle choricito de perro para que engorde! —dijo otra.

—¡Gilipollas! —gritaba un rapaz, llamando a otro para que le ayudase a desviar con barro el itinerario del agua de riego que bajaba por el borde de la acera.

Un crío lloraba en el fondo de un cuchitril como agarrándose con las manos largas de sus lloros a la reja de la ventana.

—¡Hijo! —gritaba una vieja dentro—; no llores tanto, que parece que te matan.

Una niña que se asomó a la verja de la ventana bajera, dijo por decir:

—¡Animalito, pobrecito!

La abuela entonces se indignó.

—¡Niña, vete a llamar animales a tus hermanitos!

Sobre la madre de la niña, que cosía frente al portal, cayeron aquellas palabras y entonces se volvió hacia la vieja.

—Valiente cencerro es el tal niño.

—El cencerro al cuello de su marido —dijo airada la vieja, desde el fondo de loquero revuelto que iba tomando la habitación enverjada.

—¿Sabe usted lo que le digo? ¡Que me toque los pimientos!

La refriega quedó cortada por esa última frase ambigua, que no se sabía lo que quería decir.

Por hablar de otra cosa preguntó la portera al del puesto de enfrente:

—¿Dónde va la María?

—Va todas las tardes a San Juan de Dios a ver a una parienta a la que han salido unos granos con agüinche.

Los hombres de sus proximidades, don Damián y don Pedro, hablaban de toros.

La señora Carlota, la del puesto de plumeros y hules, dijo:

—Es una farsa... Todos huyen del peligro.

—¿Qué torero ha muerto en auto, señora Carlota? —preguntó entonces la portera.

—Frascuero, hija; Frascuelo —dijo Carlota.

—Vamos, guasona —repuso la portera.

En otro corro, y sin saber por qué, se oyó esa salida de tono del refrán:

—¡Que no haya mocos donde no hay pañuelo!

Tipos camastrones y lentos pasaban llevando el bastón como romana de su brazo.

Otros tipos, cuyos rostros aparecían apagados de intenciones y como si solo estuviesen cubiertos de cenizas, eran como las lilas de la contemplación.

Una mujer, con el morado de la locura religiosa en el rostro, pasó gritando:

—¡Las novelas, las novelas son las que tienen perdido el mundo! ¡Leed, leed novelas y ya veréis dónde vais!

Subía la cuesta un chico, con dos latas de a dos litros, llenas de agua y colgadas como platillos de balanza a los extremos de un palo, artilugio que le convertía en niño chino por las veredas de la China.

—¿Pero será verdad lo del cometa? —preguntaba de vez en cuando una voz nueva.

—Yo voy a gastarme unos duros que tengo ahorrados, para que no me pille la catástrofe con eso guardado.

La Nardo intervino, levantando la cabeza del periódico:

—Todo esto de las órbitas es un lío... Prefiero esperar sentada a que llegue esa noche.

Y comenzó a recoger una a una todas las cosas que había de colgar y decolgar todos los días.

II

La plaza del Progreso estaba envuelta en esa nube de polvo blanco que se aglomera allí siempre.

Todo estaba metido en un calor mezclado con polvos de arroz, nube alegre, jacarandosa y siempre con cierta coquetería de barrio.

Unos misteriosos vendedores de relojes ofrecían aquellos cronómetros que andan solo mientras los chalanos los prorratean, pues inmediatamente después dejan de funcionar.

—Yo creo —decía uno de los escarmentados— que andan por magnetismo personal, como esos relojes de cristal de los prestidigitadores, que sin ninguna maquinaria marcan la hora que quiere el público.

Relojes de un dorado ni de oro ni de oralina, el que los vende los frota contra su americana, como si así les infundiera nueva vida.

En aquel rincón las piedras para los mecheros eran falsas, granito de plomo solo, y los décimos tenían la fecha enmendada.

Pasaban esos vendedores infables de la modestia madrileña, como la vendedora de abanicos para niños.

Unas comadres hablaban de aquella pobre muchacha a la que se acababan de hacer sufrir el timo de la bata.

—¿A ti qué te dijo esa mala mujer?

—Que era de mi pueblo... Después me preguntó si tenía dinero para comprarme una bata negra... Eso me puso a temblar... Yo le dije que por Dios me dijera qué sucedía, si era mi padre... Ella me dijo... «Dame el dinero y vamos a comprar la bata...». Yo le di todo lo que tenía... Entramos a comprar la bata negra y entonces ella desapareció de la tienda.

—Por lo menos —dijo una comadre sensata— es robo con consuelo... Mejor es que te hayan robado que no que fuese verdad que se te hubiese muerto tu padre.

la Cantaritos, célebre mujer de la calle, vestida de percal y recién bañada en las fuentes —que de paso retienen el pelo—, era de lo más limpio del mundo.

Vieja arrastrada, sin nada para comer, era un ejemplo de desgracia que era conveniente que pasase frente a futuras descarriadas.

—¡Y fue una celebridad de belleza en su tiempo! —decía Ricardo.

La Odalisca, célebre tienda de corsés, lucía en sus cuerpos de amplias caderas corsés para morenas que se combean y se vuelven más suntuosas en cuanto se quedan sin ellos, y que no podrán servir de ningún modo para esas sílfides que cuando se quitan la faja se quedan más flacas.

En la cervecería del medio de la plaza se sentaron dos jóvenes, huéspedes de una hospedería de la calle de Carretas y que vagabundeaban desde tan temprano. El uno era un tal Samuel Barrios, que había venido de Toledo a estudiar Aduanas hacía cinco años, y el otro era un pobrecito que había venido de Asturias a estudiar para Correos.

—Las popas deben ser redondas —insistía Samuel—. Estrechass significan mala constitución, o sensualidad de serpientes o tornadiza sensualidad de galgas... Hay que desconfiar de toda mujer en la que no se le redondeen bien las caderas y su popa no tome la pompa que Dios le dio.

En eso pasó la Nardo, y Adolfo insinuó a Samuel:

—Ahí tienes una de las que te gustan. Pero esa no es para tí.

—¿Que no? Paga tú, que te lo daré yo a la noche —dijo Samuel, que salió corriendo tras la Nardo.

La Nardo, que se sentía aquella mañana floja y como indefensa ante aquel saldo que imponía a la vida el anuncio del cometa Asor, desgarrando el terráqueo, oyó que una voz con tono de desvergüenza le decía:

—¿Se la puede acompañar para saber de qué color tiene la voz?...

La Nardo, que otro día hubiera seguido su camino sin volver la cabeza, se volvió con una sonrisa de corazón abierto de par en par, y contestó:

—Hasta ahora no había yo oído que las voces tuviesen color.

—Pues lo tienen, y la suya es *mordoré*: negrilla y dorada, con negruras de pasión y luces de alegría...

La Nardo sintió que así es como ella había soñado que le hablase un mozo, con esas incongruencias y medios tonos que solo se oyen en las novelas.

Samuel se dio cuenta de que había *fijao* al torito y se puso completamente a su lado, sin guardar ese medio paso hacia atrás que revela el comedimiento de los enamorados recién admitidos.

Con esa sensación de aparición con que el hombre que la mujer cree el *elegido* se presenta a ella, Aurelia vio en Samuel al hombre que ha

apresurado el paso precisamente para que ella no se quedara sin amor si el mundo se extinguía el dieciocho de agosto.

Se dijeron sus nombres, ella le mostró desde la cabecera del Rastro el sitio en que hacía centinela, y él le confesó, para engañarla más, que la había visto muchas veces allí y que por eso estaba tan enamorado de sus ojos.

Se mostró ella miedosa de su madre, pues su padrastro la tenía sin cuidado, y por eso le rogó que la esperase al anoecer, a eso de las siete y media, en la rinconada de la plaza del Humilladero.

La detuvo Samuel un largo rato más después de conseguida la cita. Conocía muchas citas irrealizadas y no quería que aquella pudiese fallar.

—¿Muchos novios?

—Ninguno... He arañado hasta hoy.

—¿Pero me esperaba a mí?

—Mentira si le dijese que no... Quería ver aparecer un chico con la lengua tan suelta como usted y que nos entendiésemos muy de prisita en todo lo que nos dijésemos. ¡Han pasado por mi vera tantos trastos viejos y nuevos!

—Aurelia...

—No, no repita tanto ese nombre que no es el que me gusta que me digan.

—¿Pues no me ha dicho usted que era el suyo?

—Sí, al principio... Pero es que de hace un rato a ahora ha pasado mucho tiempo... Y por eso le voy a decir que quiero que me llame como me llaman los míos: la Nardo.

—¿La Nardo? ¿Y por qué? Un olorcillo a una flor muy buena había sentido yo ya a su vera, pero no había calculado que fuese nardo.

—Pues no es por eso... Es por el tono de mi color.

—¡Es verdad! En su frente abombada y graciosa está el mejor capullo de la vara... Y que es usted como esas varas buenas en que todos los capullos están cerrados y se están abriendo toda la vida...

—No tantas zalamerías, y hasta luego... En la esquina del Humilladero.

—Adiós, mi Nardo.

—Adiós, Samuel...

Samuel se quedó un rato viéndola poner tacones de cabra montesa en el despeñadero de la Cuesta del Rastro, apresurada, volviendo la ca-

beza, pareciendo ir a doblarse en un tropezón sobre aquellas piedras toscas de la bajada, precipicio de los andurriales madrileños, pero sus garbosas piernas hacían un arco y colocaba el firme tacón en el escalón del irse a caer y no caerse.

Samuel, por fin, dio media vuelta, riéndose por dentro estrepitosamente, como si se hubiese tragado la pianola de un bar, viendo en aquella suerte tan inesperada y tan rápida un comienzo de felicidad y el motivo que esperaba para gastarse la hijuela de su madre, breve pero suficiente para rematar un negocio alegre. Aquello lo presentía como preparado por la Providencia, que es la que escribe el nombre del premiado a estos regalos de mujeres y hombres.